

**¿UN METODO PELIGROSO?
REFLEXIONES ACTUALES SOBRE LIMITES Y *SELF-DISCLOSURE*
EN LA RELACIÓN ANALÍTICA**

Neri Daurellaⁱ

El año pasado se estrenó la película “Un método peligroso”, en la que el director David Cronenberg nos da su particular visión del clima relacional en el que se movían los pioneros del psicoanálisis: Freud, el inventor del método; Jung, primero discípulo entusiasta y luego disidente; y Sabina Spielrein, que pasó de ser paciente de Jung a ser su amante y posteriormente se separó de él para seguir su propio camino profesional como psicoanalista en la Sociedad Psicoanalítica de Viena, en la que realizaría interesantes aportaciones, reconocidas por Freud.

No me interesa aquí hacer una crítica de la película desde el punto de vista cinematográfico. En general está bastante bien documentada (salvo en lo referente a las escenas sado-masoquistas de Jung y Sabina, que parecen más bien fruto de la imaginación del director). Lo que sí me ha dado que pensar es la reacción que ha provocado en muchos psicoanalistas, mayoritariamente de rechazo e indignación. Otros, más ecuanímenes, han destacado que la película no refleja los peligros del método, sino de la imperfección del método en sus momentos iniciales: la historia que relata la película empieza en 1904, cuando Sabina Spielrein fue internada en la clínica Burghölzli, de Zurich. Allí el joven psiquiatra C.G. Jung la diagnosticó de histeria psicótica y decidió probar con ella el método de la “curación por la palabra” que acababa de inventar en Viena Sigmund Freud, con quien Jung mantenía correspondencia a raíz de la publicación de *La interpretación de los sueños*, en 1900.

Jung, a sus 30 y pocos años, recién casado con una mujer rica, sin ningún análisis previo ni más formación que la lectura de textos de Freud y sus experimentos personales con las asociaciones de palabras, se lanzó a experimentar con un conejillo de Indias fascinante. Y se pillaría los dedos en una relación amorosa con todas las complicaciones propias de una situación irresoluble. Hasta aquí todo es bastante comprensible. Experimentar con material radiactivo ignorando los riesgos que eso implicaba también le costó la vida a Madame Curie. A Jung no le costó la vida, pero sí acabó costándole el distanciamiento y la ruptura con Freud, y con la propia Sabina. No obstante, hay que reconocer que, a pesar de todas las transgresiones, algo bueno debió de aportarle a Sabina su relación con Jung, a juzgar por su trayectoria personal y profesional posterior.

En la película vemos también al Freud de 50 años, que ya se estaba dando cuenta de los riesgos del psicoanálisis silvestre, y del clima de exaltada idealización del nuevo método y

de sus practicantes. Es el Freud que ya estaba pensando en fundar la IPA (cosa que haría en 1910) para organizar la formación y sentar las bases de un encuadre de trabajo más profesional y garantista. También es un Freud que tendría en cuenta las aportaciones teóricas de la ex-paciente Sabina en las famosas reuniones psicoanalíticas de los miércoles.

Alejándonos ahora de la película, sabemos que el papel de Sabina Spielrein en la historia de la relación Jung-Freud, y su influencia en la evolución de Freud en esos años no se ha conocido hasta mucho más tarde, cuando, en 1977, un investigador italiano, Aldo Carotenuto, descubrió el diario de Sabina Spielrein y su correspondencia con Jung y con Freud. Para ser exactos, hay que reconocer que Freud sí que citó un trabajo de Spielrein de 1912, "La destrucción como causa del devenir", como antecedente de su concepto de pulsión de muerte en "Más allá del principio de placer", en 1920.

También sabemos que Freud y sus primeros discípulos aprendieron por ensayo y error mientras desarrollaban la técnica psicoanalítica. Y el estudio de estos primeros errores llevó a los psicoanalistas a acuñar conceptos como los de transferencia y contratransferencia. Las violaciones de límites de los pioneros, empezando por el propio Freud, nos han enseñado mucho (¿qué psicoanalista actual analizaría a su propia hija, como fue el caso de Freud con su hija Ana?).

Glen O. Gabbard, uno de los psicoanalistas actuales que más ha reflexionado y trabajado sobre la cuestión de "los peligros del método" (por usar la terminología del director de la película), señala las resistencias de los psicoanalistas a pensar en estas dificultades en la práctica actual, y nos propone no limitarnos a condenar y moralizar, sino reconocer y examinar nuestra vulnerabilidad, inextricablemente ligada a la empresa psicoanalítica.

Desde que empezaron a trabajar con pacientes histéricas, Breuer y Freud vieron cómo éstas a menudo se enamoraban del analista y esperaban reciprocidad. Gabbard comenta que no es de extrañar, porque la situación psicoanalítica implicaba (e implica) un elemento de seducción. El paciente espera amor y el analista proporciona un sustituto de amor no bien definido. Al principio Freud dice que el amor de transferencia es falso o no real, porque es el reflejo de experiencias pasadas con figuras significativas. Pero yo me pregunto: ¿hay algún amor que no tenga algo de reflejo de experiencias pasadas con figuras significativas?

El caso de Sabina Spielrein es muy ilustrativo: fue la primera paciente de Jung, y a raíz de su tratamiento estudió medicina, se convirtió en su alumna y colaboradora, y ambos pasaron a considerarse compañeros del alma y a sentir que tenían una especie de comunicación telepática. La experiencia de fusión psicológica precedió a la relación física.

A raíz de casos como éste, en la IPA se crearon normas para intentar prevenir estos deslizamientos: se exigió como requisito que el futuro psicoanalista pasara por la experiencia de un análisis didáctico, que los primeros casos de análisis fueran siempre supervisados, y se dejó claro que el analista era siempre el responsable de mantener los límites del encuadre en la relación con el paciente. Pero los riesgos de autoengaño siguen existiendo, y la fantasía de un analista totalmente analizado e inmune no es más que eso:

una fantasía.

El año pasado, en mayo de 2011, en uno de esos coloquios que organiza la IARPP via internet, en los que tienes el privilegio de participar en una discusión muy viva y abierta sobre temas de actualidad de nuestra profesión a partir de la presentación del trabajo de un colega, el tema escogido fue precisamente el de las violaciones del encuadre en la actualidad. Muriel Dimen, la autora del trabajo, reflexionaba a partir de una experiencia personal, en la que su analista se había saltado los límites del encuadre en una ocasión (más concretamente, la había besado en la boca). Después él no había hecho mención del incidente, y ella lo había mantenido en silencio durante 30 años. La autora agradecía a IARPP que le ofreciera un espacio para hablar de cuestiones que antes eran tabú, un espacio más allá de la barrera de la vergüenza, para hablar de trauma y transgresión en la vida profesional.

Y en ese mismo coloquio, Jessica Benjamin se refería al temor a la revelación de estas transgresiones que se percibe entre los psicoanalistas, quienes, abrumados por la vergüenza, viven esta revelación como un ataque: precisamente la reacción que me había llamado la atención en muchos psicoanalistas tras el estreno de la película de Cronenberg.

El recurso defensivo de limitar las transgresiones a hechos del pasado ya superados se desarmó en ese mismo coloquio con la intervención de Gabbard, que dirige un centro donde ha tenido la oportunidad de asesorar en más de doscientos casos de violaciones graves de límites del encuadre terapéutico. No se refería sólo a transgresiones de tipo sexual. De hecho, para él, lo que caracteriza una violación de límites es cualquier situación en la que se produce una actuación del analista de la que no se puede hablar, y que suele repetirse.

Aquí me viene a la memoria el clásico concepto ferencziano de trauma y retraumatización, que está en la base de tantos desarrollos del actual psicoanálisis relacional: más perjudicial que el trauma que pueda suponer una determinada actuación del analista es el desmentido posterior, la colusión silenciosa, que favorece la disociación y paraliza el pensamiento.

En realidad el psicoanálisis es una experiencia de privacidad radical, una situación en la que dos personas pasan mucho tiempo juntas tratando de comprender el sufrimiento y el conflicto de una de ellas (el paciente). Pero la otra (el profesional del psicoanálisis o la psicoterapia), puede sentirse movida por motivaciones inconscientes, por muy analizada que esté. Por ejemplo, muchos profesionales de la salud mental (como observa Gabbard) tienen en común una situación infantil en la que les tocó hacer el rol del terapeuta en la familia, o hacer de padres de sus padres. Y esto les hace especialmente vulnerables a sufrir una herida narcisista de adultos cuando no pueden curar las heridas de otros. Muchos tienen la fantasía inconsciente de que el amor por sí solo es curativo. Si sus padres los hubieran querido lo suficiente, ellos no habrían tenido tantos problemas, y si ellos hubieran querido a sus padres con menos ambivalencia podrían haber evitado el daño que sienten que les hicieron. El celo terapéutico suele ir asociado a fantasías de reparar los propios objetos internos. Si esto no está muy analizado, siempre se corre el riesgo de saltarse los límites profesionales ofreciendo amor a los pacientes, más que comprensión, colocándose en el lugar de un padre o una madre buenos, por contraposición con los

padres malos o emocionalmente inadecuados que tuvo el paciente (Gabbard, 1995).

En el coloquio digital de IARPP, tanto Gabbard como Benjamin plantearon lo que me parece clave para entender el fondo de muchas transgresiones de límites del encuadre: ¿tienen que ver con la sexualidad edípica/ genital o más bien con un narcisismo patológico? En la historia del psicoanálisis hay muchas historias de sometimiento “por amor al padre”. ¿Por amor al padre? ¿Por amor al poder?

Ciertamente, al percibir el déficit en el paciente, el analista puede sentirse inducido a rescatarlo, a salvarlo, a hacer un parentaje que le lleve a tomar medidas extraordinarias. Y puede justificarse sintiéndose identificado con transgresiones famosas de figuras ahora ya legendarias (como Ferenczi o Winnicott), entrando así en una pendiente resbaladiza. Aquí el riesgo es instalarse en una convicción omnipotente (“sólo yo puedo salvar o entender al paciente”), o en un sometimiento inacabable a demandas que no llegamos a comprender (por ejemplo, en el caso de pacientes que amenazan con suicidarse). Si el analista es capaz de darse cuenta de la pendiente en la que está empezando a deslizarse, y de superar sus sentimientos de vergüenza y/o culpa, puede recurrir a consultar con un colega que le inspire confianza y respeto y evitar males mayores.

Llegamos así a la cuestión de la auto-revelación o *self-disclosure*. A la hora de redactar esta comunicación, he tenido muy presente la idea de aprovechar la presencia entre nosotros de Jessica Benjamin para dialogar con ella sobre la cuestión de los límites y la revelación de nuestros fallos. Leí con mucho interés el debate que ella co-protagonizó ya hace tres años en otro foro, el de las “Controversias psicoanalíticas” organizadas por la IPA, sobre la idea de que los analistas deberían reconocer a sus pacientes que les han fallado cuando se producen fallos inevitables en cualquier relación terapéutica (Benjamin, 2009). La aportación de Benjamin en ese debate me evocó la contraposición que hace Winnicott de la madre suficientemente buena versus la madre ideal. El equivalente de esa aspiración a ser una madre ideal sería la aspiración del analista a constituirse en un “continente completo” e invulnerable, que vive con mucha vergüenza y culpa cualquier actuación que le aleje de ese ideal inalcanzable.

Benjamin plantea que en la relación intersubjetiva entre paciente y analista necesariamente se van a producir momentos de ruptura, por exceso de reactividad o de disociación del analista, seguidos de momentos de restauración del espacio intersubjetivo. Pero para que pueda darse este proceso de restauración, Benjamin propone la idea del *tercero moral*. Así denomina a “aquellos valores, normas y principios de interacción en los que nos basamos cuando nos esforzamos por crear y restaurar el espacio de los dos miembros de la diada para facilitar que puedan pensar, sentir, actuar o responder en vez de sólo reaccionar.” Se trata de la referencia a una legalidad pactada entre los dos, de un saber a qué atenerse, de que se genere un clima de sinceridad, de respeto mutuo y de confianza en el proceso de reconocimiento. Como decía Ferenczi, refiriéndose a la asimetría de la relación paciente-analista, cuando actuamos reabrimos viejas heridas, pero reconocer que lo hemos hecho es lo que nos permite transformar la repetición en una experiencia nueva y diferente.

¿En qué se diferencia el *tercero moral* de Benjamin del superyó freudiano? Al fin y al cabo, una de las funciones del superyó es la autoobservación y la conciencia moral, y el

tercero moral podría sonar parecido. No obstante, creo que este aspecto es probablemente el único que tienen en común.

En mi opinión (que me gustaría poder contrastar con Jessica Benjamin), si he comprendido bien su concepto del *tercero moral*, diría que se diferencia del concepto de superyó al menos en dos aspectos:

1 – El superyó se forma por la interiorización de las exigencias y prohibiciones parentales, mientras que el *tercero moral* es co-creado, compartido, en la relación de la diada analista-paciente

2- El superyó incluye tanto una instancia crítica como un ideal del yo con el que se compara el yo, no se siente a la altura, y se avergüenza y/o se culpa. El *tercero moral* no remite a un ideal sino al objetivo de ir co-creando las bases para una relación de confianza en el vínculo y una regulación mutua que permita la restauración de ésta siempre que se pierda.

En la perspectiva de Benjamin, no se trata de que ahora el analista quiera parecer bueno y moral, sino de que permita al paciente vivir la experiencia de estar con alguien capaz de reconocer sus propios fallos, y que a partir de esta experiencia se abra un campo de exploración empática de aquellos momentos de ruptura que han podido generar inseguridad en la relación.

Volviendo al título de la película, lo que hace peligroso el método psicoanalítico es el exceso de idealización del mismo y de sus profesionales. La vía del reconocimiento de nuestras limitaciones y nuestros errores, pasados y presentes, nos puede ayudar a aprender de éstos, mejorar nuestra comprensión y sentirnos menos asustados ante todo lo que vivimos como un ataque. El ejercicio (moderado y *ad hoc*) de la *self disclosure*, no sólo en la relación con los pacientes, sino también con los colegas en foros como éste puede ser un buen instrumento para sentirnos acompañados en el esfuerzo por lograr hacer del psicoanálisis una profesión posible.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Carotenuto, A. y Trombetta, C. (1980). *Diario di una segretta simetria. Sabina Spilrein tra Jung e Freud*, Roma: Astrolabio.

Benjamin, J. (2009). Psychoanalytic Controversies. A relational psychoanalysis perspective on the necessity of acknowledging failure in order to restore the facilitating and containing features of the intersubjective relationship (the shared third), *Int. J. Psychoanal.* 90, 441-450 y 457-462.

Daurella, N. (2012). Trauma y retraumatización. De Ferenczi a Fonagy, pasando por la teoría del apego y la neurociencia, *Temas de psicoanálisis* (Revista digital de la SEP), nº 3

Dimen, M. (2011). *Lapsus Linguae or a Slip of the Tongue. A Sexual Violation in an Analytic Treatment and its Personal and Theoretical Aftermath*, *IARPP – Colloquium Series nº 18*

Freud, S. (1920). *Más allá del principio del placer*, (trad. castellana Madrid: Biblioteca Nueva, 3ª edición, 2536)

Gabbard, G.O. (1995). The Early History of Boundary Violations in Psychoanalysis, *J. Amer.*

Psychoanal. Assn., 43, 1115-1136

Gabbard, G. O. (1995). When the Patient is a Therapist: Social Challenges in the Psychoanalysis of Mental Health Professionals, *Psychoanalytic Review*, 82, 709-725

Spielrein, S. (1912). *La destruction comme cause du devenir*, Cap. IX de la edición francesa del *Diario ...* de Carotenuto, A. y Trombetta, C., Aubier, 2004, 213-262.

Cita bibliográfica / Reference citation:

Daurella, N. (2012). ¿Un método peligroso? Reflexiones actuales sobre los límites y el *Self-Disclosure* en la relación analítica. *Clínica e Investigación Relacional*, 6 (2): 282-287. [ISSN 1988-2939] [Recuperado de: www.ceir.org.es]

NOTAS

ⁱ Neri Daurella es Psicoanalista (Sociedad Española de Psicoanálisis, IPA), miembro de IARPP-España. Dirección de contacto: neri_dau@hotmail.com